

INFORME SINODAL SÍNTESIS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE

I.- Introducción: La experiencia sinodal

Pueblo de Dios, camino de esperanza

La presente síntesis corresponde al discernimiento final de los Obispos de la Conferencia Episcopal del proceso sinodal de la Iglesia en Chile. Se ha buscado ser respetuosos de dicho proceso vivido en los diversos niveles de la comunidad eclesial, cuyos frutos se expresan especialmente en los Informes de cada Iglesia particular.

Hemos experimentado este tiempo de Sínodo al que nos ha convocado el Santo Padre, como un tiempo del Espíritu, que ha enriquecido y fortalecido el proceso de discernimiento eclesial que iniciamos como Iglesia en Chile en el año 2018. Ha sido un tiempo de diálogo y discernimiento, de trabajo organizado en diversos espacios y estamentos de Iglesia, en vistas a fomentar la participación y sumar a la mayor cantidad de comunidades con sus aportes.

Este camino sinodal lo hemos realizado en un momento muy especial de nuestra historia. A las dificultades provocadas por la pandemia, se ha sumado la crisis social y política que vivimos como país, especialmente desde octubre de 2019. También hemos seguido afectados en la Iglesia por la crisis de los abusos, constatando en este mismo camino sinodal las graves consecuencias de toda esta situación en la vida de los católicos y sus comunidades. Sin embargo, el reencuentro comunitario que ha posibilitado la menor gravedad de la pandemia, junto a la misma experiencia sinodal, nos ha ayudado a reconocernos Pueblo de Dios, que realiza su vocación *caminando juntos*. Se ha suscitado, así, una corriente de alegría, que no sólo nos hace valorar este tiempo de escucha y discernimiento que hemos vivido, sino que nos permite mirar el futuro con esperanza, llamados a buscar nuevas formas y estilos de ser Iglesia: sinodal, profética y esperanzadora.

En este proceso también ha habido resistencias, falta de participación, comunidades que no se incorporaron. Ello, en parte, pudo ser por la novedad del desafío planteado, pues muchas comunidades no están acostumbradas a esta forma de vivir la Iglesia. También, se ha debido a que algunos dirigentes y pastores no asumieron el papel animador y conductor que les correspondía.

Varios informes diocesanos se quejan de la falta o del débil involucramiento de los sacerdotes. Sin embargo, la tendencia mayoritaria ha sido colaborativa, propositiva y profética, promoviendo la participación y la reflexión sinodal. No debería leerse este informe perdiendo de vista este compromiso de fe y de amor del Pueblo de Dios con el Señor y su Iglesia.

Un camino que tiene historia

Este itinerario eclesial que hemos estado viviendo, se enmarca en una larga tradición sinodal de la Iglesia de nuestro país, expresada en la realización de sínodos y asambleas en la mayoría de las diócesis, y también a nivel nacional en la realización de dos asambleas eclesiales celebradas en los años 2007 y 2013. Se ha intentado, así, fomentar y crear prácticas de participación y escucha, para vivir la experiencia del Pueblo ungido por el Espíritu, que se reúne y discierne los signos de los tiempos.

En sintonía con esta tradición, y en el contexto de la crisis vivida como Iglesia en Chile, los Obispos tomamos la decisión, en Asamblea extraordinaria celebrada de julio de 2018, de iniciar un *tiempo de discernimiento eclesial*, con amplias consultas al Pueblo de Dios. Más tarde, esta iniciativa se enriqueció con la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, que motivó a muchos laicos a participar con sus aportes, tanto personales como grupales.

Llegamos, así, a octubre de 2021, fecha en que se inició el Sínodo sobre la sinodalidad. Desde el principio dijimos que no comenzábamos algo totalmente nuevo, sino que estábamos viviendo, en continuidad con los procesos anteriores, *un único y gran proceso*. Todos estos diálogos aportaron luz sobre diversos aspectos de la vida eclesial, contribuyendo a una mayor conciencia en ámbitos como la participación, los estilos de liderazgo, las estructuras de colaboración, las prácticas caducas, y, sobre todo, pistas o signos acerca del rumbo que la Iglesia debe seguir en vistas de su conversión pastoral. Así se fueron expresando anhelos y propósitos de crecer en cercanía, en apoyo recíproco entre los diversos miembros del Pueblo de Dios, en liderazgos creativos e inclusivos, en el discernimiento comunitario y de fe para la toma de decisiones, y en la necesidad de formarse y renovarse en procesos, estructuras y prácticas pastorales que fortalezcan la misión evangelizadora.

El llamado a la conversión profunda y urgente que experimentamos como Iglesia, ha sido expresado en el deseo de “recuperar la centralidad de Cristo”¹, “volver a la Palabra”, “volver a las fuentes”, “profundizar la vida de oración”. A nivel organizacional, se ha expresado en el desafío de fortalecer la participación, la escucha y el diálogo, todo lo cual está expresado en el documento: *Sistematización. Discernimiento Eclesial 2019. Informe de Resultados*, un insumo fundamental de este itinerario que hemos vivido como Pueblo de Dios que peregrina en Chile.

Valoración de los procesos locales

La articulación de los diversos procesos eclesiales en un mismo y único camino sinodal, se ha realizado fundamentalmente en las Iglesias locales, lo que ha permitido respetar la diversidad de cada una de ellas y, a la vez, ha enriquecido el intercambio en las instancias nacionales.

¹ Cada vez que hay una cita entre comillas y no se remite a una fuente concreta, se trata de citas directas de voces de los participantes en el proceso sinodal, contenidas fundamentalmente en los Informes diocesanos.

El énfasis de todo este camino se ha puesto en dos ámbitos de discernimiento: ***estructuras más sinodales y relaciones más evangélicas***, como un solo camino de diálogo, escucha y discernimiento.

Es necesario destacar la creatividad que se ha dado en la mayoría de las diócesis para incentivar la participación y el diálogo del Pueblo de Dios, creando diversas instancias: consultas abiertas a los feligreses, asambleas parroquiales y de otros grupos de Iglesia, consejos diocesanos, experiencias de oración comunitaria, reuniones por zonas o decanatos, reflexión compartida, encuestas. Todo esto da cuenta de metodologías participativas que favorecieron el “sentarse a la mesa, mirarse a los ojos y dialogar con verdad”.

Al concluir este apartado, valoramos y agradecemos el camino sinodal como una experiencia comunitaria, eclesial y espiritual, además de un espacio de discernimiento, diálogo y búsqueda de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo. Ha sido una manifestación patente de que todo el Pueblo de Dios está ungido con el Espíritu Santo, lo que nos exige no desenraizarnos de él para buscar ese querer de Dios que ha de guiar nuestra misión.

II.- Cuerpo de la Síntesis: Materias que suscitaron mayor consenso

Una Iglesia sinodal, profética y esperanzadora que pone a Jesús en el centro

Son variados los aspectos sobre los cuales se ha expresado un sentir extendido y compartido respecto de la necesidad de cambios, lo que debe ser traducido en opciones que orienten el quehacer de nuestra Iglesia en los próximos años. En este apartado abordaremos aquellas temáticas que han logrado un consenso prácticamente general, en las que hay acuerdo por sobre el 90 % de las Iglesias locales. Las hemos sistematizado en tres dimensiones: Iglesia Sinodal, Profética y Esperanzadora. Sin embargo, ninguna de ellas puede abordarse sin arrancar de un pilar fundamental que reconocemos como una exigencia ineludible: recuperar la centralidad de Jesucristo en la vida de cada uno y de la comunidad eclesial en su conjunto.

Un principio fundamental: la centralidad en Jesucristo.

El mayor consenso que se ha expresado es la convicción de que la crisis eclesial en todas sus dimensiones tiene su origen en “la debilidad de la fe y en la infidelidad a Jesús”. En consecuencia, toda transformación debe partir por la conversión personal y comunitaria que asume el desafío de ***poner a Jesús en el centro de la vida de la Iglesia para recomenzar desde Él***, acogiendo así la invitación de la Palabra de Dios: “*Que cada uno se fije en cómo construye. Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo*” (1 Co 3, 10-11).

Somos testigos de que el Pueblo de Dios, desde hace tiempo, clama y anhela recuperar los orígenes evangélicos de las primeras comunidades cristianas, donde tantos discípulos aprendieron a centrar sus vidas en el Señor, desde una verdadera experiencia de encuentro personal con Él y su Evangelio: “*Todos los bautizados estamos llamados a recomenzar desde*

Cristo, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán...”².

1.- Iglesia Sinodal

1.1. Comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios

Una constatación que podemos realizar con alegría es que las diferentes comunidades tienen una rica experiencia y comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios. El camino sinodal ha permitido fortalecer esta autocomprensión recibida en la Revelación y nos ha ayudado a reconocernos miembros de un único Pueblo, hijos del mismo Padre y ungidos con la diversidad de carismas del Espíritu Santo. Laicos, consagrados, sacerdotes, diáconos y obispos, nos comprendemos corresponsables y protagonistas de la vida y la misión de la Iglesia, desde la igualdad fundamental dada por el bautismo y enriquecidos con variados ministerios.

En los Informes diocesanos existen numerosas expresiones por medio de las cuales se manifiesta esta riqueza de la comprensión de la categoría de Pueblo de Dios, pero también se ha expresado un sentimiento de pérdida, con el consiguiente anhelo de recuperar lo que se ha perdido: “volver a ser pueblo”. Y parte relevante de este dinamismo es tomar conciencia de que todos compartimos como Pueblo de Dios no solo una igual dignidad, sino también la misma fragilidad. Desde esta perspectiva, percibimos un llamado de Dios a construir “una Iglesia más humilde, alejada de todo poder, más pobre y evangélica”, “renovada y humilde, no poderosa al estilo humano”, “que se arremanga y se juega hasta la piel, testimonial, pobre y pequeña, haciendo lo que Jesús nos diga”.

1.2. Relaciones más evangélicas

Aun cuando se valoran los espacios de encuentro y las instancias de participación que existen en nuestras Iglesias locales, se ha expresado en el camino sinodal una demanda por cultivar formas más fraternas y dialogantes de relacionarnos, caracterizadas por rasgos de cercanía con todos y entre todos los miembros del Pueblo de Dios.

Las comunidades exigen renovar las formas de relacionarnos y de ejercer la autoridad en la Iglesia, pues constatan modos autoritarios de ejercer los servicios, lo que ha provocado mucho daño. Numerosos fieles se han alejado o se han restado de participar en espacios eclesiales, porque no se han sentido valorados, acogidos y acompañados, o no han encontrado espacios cordiales para vivir y celebrar la fe.

² Aparecida, N° 549

Esta presencia de liderazgos autoritarios, es asociado a la manifestación de otros antivalores y problemas en la Iglesia, como el individualismo, el clericalismo, el mal uso del poder, la dificultad para resolver conflictos y la falta de diálogo, todo lo cual nos urge a trabajar por la fraternidad.

Para crear espacios más evangélicos en nuestras comunidades, se hace necesario superar lo que se ha llamado *cultura del clericalismo*, que se manifiesta tanto en laicos como en sacerdotes y consagrados. En esta cultura, la autoridad es vivida a menudo como un privilegio y no como un servicio evangélico o un carisma dado para el bien de todos; mientras que la participación y la asunción de responsabilidades se concentra solo en unos pocos, excluyendo especialmente a laicos, mujeres y jóvenes, todo lo cual genera dinámicas de dependencia e infantilización que impiden que muchos fieles vivan una fe madura. En la Iglesia nos necesitamos unos a otros, como hermanos, para vivir nuestra fe y misión: este es el camino para superar el clericalismo.

1.3. Ministerialidad desde la Iglesia Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo.

Comprendemos nuestra vocación y misión como pastores dentro y al servicio del Pueblo de Dios, de manera que no es posible sostener la identidad del ministerio ordenado al margen de una relación de recíproco enriquecimiento entre pastores y laicos. En verdad, todos los miembros de la Iglesia dependemos los unos de los otros, no solo por cuestiones estructurales, sino porque nuestra identidad y misión estarían incompletas sin vínculos recíprocos. Por eso estamos invitados a comprender la comunión no solo como una armonía entre todos, sino como un llamado a poner en común el don que cada uno ha recibido de Dios.

Ahora bien, la categoría de Pueblo de Dios no contradice ni niega la comprensión de la Iglesia como *Cuerpo de Cristo*, en la que hay diversidad de miembros y oficios, y en la que Cristo mismo es la Cabeza, “de la cual todo el cuerpo (...) recibe sustento y cohesión y crece conforme al plan de Dios” (Col 2, 19). Son categorías complementarias, que nos permiten un mejor entendimiento de la ministerialidad.

1.4. Situación y cuidado del Clero

Este tiempo sinodal nos ha permitido mirar las debilidades y fortalezas del clero que sirve en nuestras Iglesias. Las comunidades han manifestado una auténtica valoración de sus sacerdotes y diáconos, por el espíritu de entrega y compromiso apostólico en tantos de ellos, y han expresado el deseo de cuidar a sus pastores. Pero también han evidenciado anhelos y demandas para que vivan de manera más cercana a sus fieles, acompañen a sus comunidades y se involucren en el quehacer y la vida del pueblo fiel: “sacerdotes dedicados, serviciales, sencillos y humildes”.

Debemos seguir construyendo estructuras más sinodales y relaciones más evangélicas, animadas desde la fraternidad y el servicio. El ministerio sacerdotal ha de ser comprendido de un modo más evangélico, poniendo el énfasis más en el servicio que en el poder. Sin desconocer la particularidad de su carácter de sacramento de Cristo Pastor, quizás la comprensión del sacerdocio como cabeza de la comunidad se ha traducido, a veces, en prácticas clericalistas que nos han hecho daño.

1.5. Gestión pastoral con procedimientos más sinodales

La conversión de la Iglesia y la instauración de una nueva cultura, no sólo exige relaciones más fraternas y evangélicas, sino también prácticas pastorales y de gestión más sinodales.

Muchas diócesis han hecho referencia a las orientaciones para el ejercicio del servicio en la Iglesia contenidas en el documento *Integridad en el Servicio Eclesial* (ISE), publicado por la Conferencia Episcopal de Chile en el año 2020. Son orientaciones relativas al testimonio, el compromiso con la justicia y la equidad, el encuentro con los otros (buen trato), la promoción de ambientes sanos y respetuosos que prevengan situaciones abusivas, la organización de la pastoral y el cuidado de sí mismo, las que se reconocen como un aporte esencial para guiar la renovación de la Iglesia e implementar estilos de administración y gestión al servicio de una cultura sinodal. Que el eje articulador de dicho documento sea la integridad en el servicio eclesial, nos recuerda la importancia de sustentar nuestra acción pastoral en valores evangélicos que fomenten la calidad y coherencia de nuestro servicio, y en parámetros que permitan revisar y evaluar nuestros avances o retrocesos en la gestión.

En este campo, es necesario hacer un esfuerzo más decidido por lograr el efectivo funcionamiento de los consejos pastorales, los consejos económicos y otras instancias, para crear prácticas y espacios evangélicos en todos los niveles de la vida de la Iglesia: en parroquias, comunidades, diócesis, escuelas católicas, etc. Las expectativas de transformación han de estar mediadas por cambios estructurales y procedimientos institucionalizados que no dependan del que está cargo. Por lo tanto, los espacios y las formas de participación y gestión pastoral, así como la toma de decisiones, necesitan estar asociados a procesos participativos, informados y transparentes, donde no esté ausente la supervisión permanente de la acción pastoral, económica y administrativa de los agentes pastorales, sean clérigos, laicos o consagrados.

1.6. Participación de la mujer en espacios de toma de decisiones

Las mujeres han sido sujetos protagónicos del proceso sinodal, con una participación numérica superior a los varones, y tienen también una presencia activa en nuestras comunidades. Sin embargo, los Informes diocesanos constatan con frecuencia que falta todavía integrar más su aporte en la vida de la Iglesia. A menudo ocupan roles secundarios, no se les confía siempre responsabilidades laicales en el mismo nivel que a los varones, y falta una mayor integración y participación en las instancias en que se toman de decisiones. Aun cuando se reconoce avances en esta materia, prima en la conducción de la Iglesia una mirada preeminentemente masculina.

1.7. Participación de los jóvenes

La baja participación de los jóvenes en la vida eclesial, y en muchos lugares su total ausencia, es una realidad que nos preocupa y entristece. Es urgente crear instancias de participación desde la realidad de los jóvenes para vitalizar y renovar la vida de nuestras comunidades, lo que exige, sin duda, adentrarnos y conectarnos con su mundo, para superar o acortar el distanciamiento con sus temas de interés.

Es imperativo que adecuemos nuestra acción y propuesta pastoral para dar cabida a los jóvenes, y podamos ser como Iglesia una alternativa que los acoja y acompañe en sus procesos de búsqueda y desarrollo.

Sabemos que a muchos jóvenes la estructura eclesial no les hace sentido para vivir su fe, y otros tantos no se sienten escuchados ni aceptados en la vida de la Iglesia. Por eso es tan urgente una acción renovada en este campo.

1.8. El Buen Trato y la superación de toda forma de abuso

Crear una cultura sinodal exige vivir relaciones caracterizadas por el buen trato y que prevengan la ocurrencia de todo tipo de abuso. Si bien todavía hay muchos desafíos que abordar en este campo, partiendo por una respuesta más satisfactoria a las víctimas y a las comunidades dañadas y heridas por los delitos cometidos por algunos miembros de la Iglesia, sería injusto no reconocer el camino realizado como comunidad eclesial. Los documentos orientativos, la institucionalidad en funcionamiento, y la formación básica en prevención de miles de agentes pastorales, entre otros aspectos, son el testimonio esperanzador de un trabajo laborioso, que también ha contado con la colaboración de víctimas sobrevivientes de abuso eclesiástico.

Es necesario, sin embargo, seguir avanzando en la implementación de las prácticas de reparación y en el funcionamiento real en todas las Iglesias locales de la institucionalidad mínima en prevención, tal cual ha sido planteada en los mismos documentos de la Iglesia en Chile.

2.- Iglesia Profética (discernimiento de los signos de los tiempos)

2.1. Dimensión profética de la fe

En la mayoría de los Informes diocesanos, las comunidades manifiestan la necesidad de que “la Iglesia vuelva a tener un rol protagónico”, donde asuma con fuerza la dimensión profética de su misión, especialmente considerando la compleja realidad sociopolítica que estamos viviendo en Chile. En nuestro discernimiento episcopal constatamos que hoy la Iglesia tiene una presencia más sencilla en medio de la sociedad y no cabe esperar repetir los modos y contextos que en otro tiempo fueron significativos. Sin embargo, el profetismo del testimonio de una Iglesia en salida, inclusiva, acogedora y misericordiosa con los descartados, aunque no lo destaquen los medios de comunicación, sigue siendo un mandato que nos viene del Señor.

Desde la consagración bautismal, reconocemos la vocación común que todos tenemos como Pueblo de Dios, vale decir el rol o dimensión profética que es parte de nuestra condición de cristianos.

2.2. Evangelización de la cultura

La Iglesia fundada por Jesucristo peregrina en medio del mundo y, por lo mismo, debe saber dialogar con el entorno en el cual desarrolla su misión. Esto le exige una renovación constante para comprender el lenguaje propio de la cultura y, desde allí, proclamar a Jesucristo como camino de vida, para transformar la realidad. Allí también, en la cultura, ella escucha los llamados de Dios para renovar sus propios caminos.

Un desafío que aparece en este ámbito, es la necesidad que tiene la Iglesia de entrar decididamente en el mundo tecnológico para desarrollar mejor su misión. El conocimiento y uso de las tecnologías contemporáneas, con equipos capacitados para ello, es fundamental si queremos dialogar con la juventud y con los hombres y mujeres de hoy. Es un paso importante para una mejor trasmisión de la fe.

2.3. Una Iglesia al servicio de la paz, la justicia social y el cuidado de la casa común

La mayoría de los Informes diocesanos insisten en la necesidad de que, como discípulos de Cristo, nos insertemos en la sociedad y vivamos un mayor compromiso con las causas sociales, conociendo a fondo las aspiraciones y problemáticas que mueven y afectan a nuestros hermanos. Sigue siendo un desafío hacer realidad aquello expresado en el Concilio: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”³.

La sociedad chilena ha vivido una profunda crisis social y política en los últimos años, crisis que todavía no parece encontrar un cauce que permita dar una respuesta más plena a las demandas y anhelos expresados por los ciudadanos. La Iglesia, aun viviendo su propia crisis, ha acompañado este tiempo histórico con la Palabra de Dios y su acción solidaria; y aunque no aparece con el protagonismo de otros tiempos, la acción de muchos fieles y sus comunidades es un signo auténtico del compromiso eclesial con el bien común.

Una dimensión especialmente sensible en la actualidad, es la preocupación por el cuidado del medio ambiente y el reconocimiento de los derechos sociales que permita en el país un mayor respeto a la dignidad humana de todos. La Iglesia está llamada a promover decididamente estas causas y hacer una contribución desde su rica doctrina social y su práctica evangelizadora, sabiendo que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental [que exige] una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”⁴.

3.- Iglesia esperanzadora (Misionera y samaritana)

3.1. Alegría Misionera

Como cristianos, nos sabemos amados gratuitamente por Dios y nos comprendemos llamados a evangelizar, convocados por el Señor a testimoniar la Buena Noticia de su Reino. Ahí está la fuente de nuestra alegría. Por eso reconocemos el dinamismo misionero como una nota esencial de la Iglesia, pues ella “existe para evangelizar”⁵. Es una tarea que históricamente ha movilizó y sigue movilizó a numerosos miembros del Pueblo de Dios.

³ Gaudium et spes, N° 1.

⁴ Laudato si, N° 139.

⁵ Evangelii Nuntiandi, N° 14.

La crisis eclesial quizás nos ha llevado a estar demasiados centrados en nosotros mismos. Se hace necesario salir de este autocentramiento y convertirnos en una Iglesia en salida que recupera el dinamismo misionero desde la centralidad de Jesucristo. Con el Papa Francisco queremos asumir este desafío: “Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo (...) prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”⁶.

3.2. Necesidad de renovar los procesos de formación en la fe

Es preciso una mención particular a la formación y la catequesis, ampliamente abordadas en el camino sinodal como renovaciones eclesiales urgentes. Nuestra primera formación, independiente de la calidad, rigurosidad o finalidad que haya perseguido, no nos ha capacitado suficientemente para responder de la mejor forma a la sociedad en que vivimos y anunciar en medio de ella íntegramente el Evangelio. Por eso, la formación no puede quedar restringida solamente a preparar a los agentes pastorales o ser diseñada para el desarrollo intelectual de las personas, sino que tiene que contribuir al fortalecimiento de una identidad discipular más consistente, que suscite cristianos convencidos y convincentes de su fe, cuya misión arrancará del encuentro con Cristo. También ha de integrar y potenciar las diversas dimensiones del ser humano: física, emocional y espiritual, a la luz de las búsquedas, necesidades y anhelos del hombre y la mujer creyente de hoy.

Un desafío no menor en este ámbito, es formar a los fieles para la sinodalidad, en vistas de una actitud más corresponsable de todos en la vida de la Iglesia y de un mejor ejercicio de la autoridad.

3.3. La catequesis en todos los niveles

El camino sinodal ha servido para que se reavivara en la Iglesia la necesidad de renovación de la catequesis, en todos los niveles y en sus diversos aspectos: método, contenidos, duración, etapas, etc. Se ha insistido en que debe favorecer una auténtica experiencia personal y comunitaria de encuentro con Jesús, que exprese el anuncio gozoso del kerygma, introduzca en la vivencia del misterio de la fe por medio de una liturgia más activa y participativa, vincule a la comunidad cristiana y contribuya a expresar la fe mediante la vida fraterna y el servicio a los más frágiles. Renovar las propuestas catequísticas y formar catequistas es un desafío urgente.

3.4. Familia y educación. Transmisión de la fe

Varios informes diocesanos destacan con preocupación que estamos ante una verdadera urgencia evangelizadora, por las grandes dificultades y deficiencias que viven en nuestra cultura los procesos de transmisión de la fe. De igual modo, hay una urgencia educativa, porque la educación queda reducida frecuentemente a una comprensión utilitarista y funcional, y no se desarrolla suficientemente su carácter integral y su servicio a la formación de la persona.

⁶ Evangelii Gaudium, N° 49.

3.5. Piedad popular

La piedad popular es una buena noticia que se viste de diversos colores a lo largo del país, encarnando la cultura de un pueblo que cree y vive su fe en profunda sintonía con su entorno y herencia ancestral. Es importante “situar la piedad popular no solo como tema, sino también como realidad eclesial e identidad de la propia espiritualidad. Además de reanimar el deseo de conocer y vivir más nuestra fe desde este lugar teológico.”

La piedad popular se “transforma en la riqueza de nuestra Iglesia”, presencia dinámica del Espíritu de Dios que se expresa a través de lenguajes propios para la transmisión y vivencia de la fe: en bailes religiosos y peregrinación a los santuarios marianos, en el canto a lo divino y la religiosidad vinculada a la tierra, al sol y al mar. Una buena noticia donde el baile y la alegría renovadora permiten la vinculación con lo sagrado.

3.6. Iglesia acogedora e inclusiva

Los Informes diocesanos coinciden en la necesidad de ser una Iglesia más inclusiva. Existe una percepción de que, o bien la Iglesia ha excluido a algunos, o existen personas que se han autoexcluido de una comunidad que ya no les es significativa. El desafío de una mayor inclusividad no tiene que ver solo con ampliar el abanico de las personas que debemos acoger, sino con la toma de conciencia de que a la Iglesia le tienen que importar todas las personas.

Se hace necesario que la Iglesia sea un espacio “donde las personas se sientan cómodas, donde puedan expresar sus opiniones, sentimientos y creencias sin que sean juzgados”, “verdaderos espacios de diálogo sincero, libre, transparente”, “espacios sanadores para todos y todas”.

3.7. Marginados y excluidos: empatía con el mundo del dolor

La presencia junto a los que sufren aparece como condición *sine qua non* de toda posibilidad de conversión y transformación eclesial. Es conmovedora la amplitud con que aparecen aquellos a quienes somos llamados a acompañar: “todo el que sufre”, “debemos acompañar todo dolor”. Probablemente el contexto de pandemia ha puesto de relieve la urgencia de atender todo tipo de necesidades: físicas, emocionales y espirituales, preocuparnos de la salud integral de las personas.

La opción preferencial por los pobres se concreta hoy de manera especial en los migrantes, las personas de la tercera edad, quienes sufren dependencia de alcohol y de drogas, y las personas en situación de discapacidad.

3.8. Iglesia y personas con orientaciones sexuales diferentes.

En la línea de una Iglesia inclusiva y acogedora, ha resonado de manera particular en el camino sinodal la necesidad de abrirse a las personas de la llamada diversidad sexual, que se han sentido muchas veces juzgadas o incomprendidas en la Iglesia.

En consonancia con lo que ha pasado en la cultura, parece importante que la comunidad eclesial haga gestos concretos e impulse iniciativas en este campo, para que también quienes se comprenden parte de la diversidad sexual puedan beber de las fuentes del Evangelio, insertas en la Iglesia, y desde allí alimenten su vida en todas sus dimensiones.

En el discernimiento episcopal se ha expresado la necesidad de que la Iglesia en su conjunto pueda estudiar este tema y sus implicancias pastorales. Surgen interrogantes sobre cómo abordar al mismo tiempo la acogida a la diversidad sexual y la verdad sobre el matrimonio y la sexualidad propias de la antropología cristiana. Está también la cuestión sobre el tipo de estructuras pastorales y la relación con el resto de la comunidad que supone una apertura en este campo, toda vez que la experiencia eclesial específica frente a este desafío es escasa.

III. Conclusiones: próximos pasos

Una Iglesia en conversión

Los procesos de participación eclesial como los que hemos vivido en este tiempo de Sínodo y de discernimiento eclesial, junto con suscitar esperanza, despiertan también desconfianza en algunos grupos de católicos, especialmente agentes pastorales. Se teme que los resultados de las consultas y de la participación terminen limitándose a documentos exhortativos, que dejan las cosas como estaban o introducen cambios muy débilmente. Por eso en los Informes diocesanos hay una insistencia en que “todo esto no puede quedar en nada”, que tiene que haber acciones transformadoras y estructuras afectadas por estas acciones.

Como Obispos, consideramos importante hacernos cargo de este anhelo y exigencia, atendiendo a aquellos focos problemáticos y sus posibles soluciones que los fieles expresan. Desoírlos sería desconocer la acción del Espíritu Santo en todo el Pueblo de Dios y aumentar la desconfianza.

El Papa Francisco, en su Exhortación *Evangelii gaudium*, nos invita a “avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están”⁷. Y recordando el Concilio Vaticano II nos dice que “Cristo llama a la Iglesia peregrina hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad”⁸. Esta conversión debe tocar los diversos niveles de la comunidad eclesial: ha de ser **personal, estructural y pastoral**, y debe marcar nuestras búsquedas y caminos, de tal forma que asumiendo los aportes de las diferentes comunidades nos hagamos cargo de lo que el Espíritu nos está susurrando, y muchas veces gritando con fuerza.

⁷ *Evangelii gaudium*, N° 25.

⁸ *Evangelii gaudium*, N° 26, citando a Decreto *Unitatis redintegratio* N° 6.

Compromiso con la verdad, transparencia, justicia y reparación

La crisis de los abusos nos seguirá acompañando con sus nefastas consecuencias en la vida y misión de la Iglesia, pero también nos ha permitido adquirir nuevas convicciones y prioridades que antes no teníamos o no considerábamos en su real relevancia. Por eso tenemos que asumir decididamente un compromiso con la verdad, la transparencia, la justicia y reparación de quienes sufrieron abusos sexuales, de poder y de conciencia. La conversión personal, estructural y pastoral exige desterrar autoritarismos, individualismos y clericalismos; solo de esa forma se podrá superar todo tipo de abuso.

Una verdadera cultura sinodal

La renovación de la Iglesia en Chile pasa por *fomentar relaciones más evangélicas y crear una verdadera cultura sinodal*, que asegure la participación amplia del Pueblo de Dios, que facilite y promueva el compromiso de todos sus miembros, para construir estructuras y relaciones sanas que faciliten el encuentro con el Dios de la Vida.

Clero

Es fundamental acompañar al clero en los desafíos de su misión y en sus situaciones vitales, además de enriquecer y renovar la comprensión del ministerio sacerdotal a la luz de la sinodalidad. Este proceso sinodal no puede ser vivido solo como una sobrecarga administrativa o solo como una tarea más a asumir, sino que debemos abrir con los sacerdotes, y en toda la Iglesia, un diálogo sobre la identidad ministerial, según el modelo de Jesús Buen Pastor y atendiendo a los desafíos que tenemos hoy en la misión.

Surge también en este ámbito, la necesidad de llevar adelante una formación permanente del clero a nivel nacional, pero sobre todo en el nivel diocesano, para hacer un camino que enriquezca de verdad a la mayoría de los sacerdotes y diáconos.

Mujer

La necesidad de una mayor inclusión de la mujer en la Iglesia es un clamor que denota urgencia. Aquí aparece una disonancia relevante: mientras en la sociedad el protagonismo de la mujer se va manifestando con claridad, en la Iglesia es un dinamismo todavía débil. Por eso hay en algunas mujeres un malestar: se sienten discriminadas y excluidas de parte relevante de la vida de la Iglesia, sobre todo en lo que tiene que ver con la gestión pastoral y la toma de decisiones. Estiman que esto es expresión del clericalismo y la cultura machista presentes al interior de la Iglesia.

Enfrentar este desafío no puede quedar solo en el ámbito de las actitudes, sino que se necesita integrar en las estructuras eclesiales la presencia y el protagonismo de la mujer. Se valoran los pasos dados hasta ahora: mujeres que han asumido roles importantes en algunas Iglesias locales, como delegadas pastorales, responsables de la gestión pastoral de parroquias u otros servicios diocesanos. Sin embargo, es un camino que hay que profundizar.

Jóvenes

La participación de los jóvenes en la vida de la Iglesia está llamada a crecer no sólo en número, sino también en protagonismo, contribuyendo también en instancias de gestión y decisión. “Darles mayor participación en la planificación de la vida parroquial, pues a menudo no se les integra en lo previo, sino solo para acatar lo que los adultos indiquen”. Es necesario “dejar a los jóvenes frente a la Iglesia como fuerza que viene para enfrentar el futuro, ellos tienen la fuerza para cambiar”.

Ahora bien, más que traer a los jóvenes a la Iglesia se trata de salir a su encuentro: valorar sus búsquedas, sus maneras de pensar y entender la vida. Ese encuentro puede transformarse en una oportunidad de conversión para toda la Iglesia. “Sentimos desafiante generar un camino de comunión entre jóvenes y adultos, que nos valoremos y respetemos en la diversidad de opiniones y opciones de vida”. Así se enriquecerá la fraternidad y la misión de la Iglesia, que siempre está llamada a ser para los jóvenes un lugar de encuentro con Cristo, donde cada uno pueda descubrir su propia vocación.

Concluimos este Informe reconociendo que nos encontramos ante una oportunidad histórica, un regalo del Espíritu, para poder asumir con humildad y decisión el camino de la conversión pastoral, al servicio de la misión que el Señor nos ha confiado.

La sinodalidad no es solo una estrategia o un recurso, sino el camino que la Iglesia debe vivir como Pueblo de Dios, para renovarse bajo la acción del Espíritu Santo. La posibilidad de repensar juntos, en un ejercicio de diálogo y discernimiento compartidos, el servicio que debemos desarrollar, los cambios que necesitamos realizar y la acción de Dios que tenemos que acoger y hacer crecer, es un verdadero regalo del Señor. A Él pedimos el don de la fidelidad y la perseverancia, para responder como pastores a los llamados y esperanzas que nuestros hermanos en la fe han manifestado en este proceso sinodal.

Al finalizar, volvemos la mirada a Jesucristo, porque solo poniéndolo a Él en el centro de la vida de la Iglesia, podemos recomenzar una y otra vez nuestro camino. A María, Nuestra Señora del Carmen, le pedimos que nos ayude a poner nuestro corazón en el corazón de su Hijo.

Conferencia Episcopal de Chile

Santiago, Agosto de 2022